

Hablemos de

Iris Aideé Torres Gómez

Universidad Nacional Experimental "Simón
Rodríguez" (UNESR)

Distrito Capital, Venezuela



Licenciada en Educación y TSU en Gerencia Administrativa. Con una sólida trayectoria que incluye instituciones como la Universidad Metropolitana, desde hace 24 años sirve en el Concejo Municipal Ambrosio Plaza. Destaca por su compromiso social en la Comuna "Revolucionando Raíces" y su gestión como jefa de Comunidad, donde lidera procesos de formación integral para niñas y niños en Laramer.

Como citar

Este artículo

Torres. I. (2024). Comportamientos Agresivos En Niñas Y Niños De Etapa Escolar De La Comunidad Laramer, Bloques 11 Y 12, Urbanización Alejandro Oropeza Castillo: Una Experiencia Sentipensante De Trabajo Comunitario. Revista Transformar (1) p. 430-445.

Comportamientos Agresivos En Niñas Y Niños De Etapa Escolar De La Comunidad Laramer, Bloques 11 Y 12, Urbanización Alejandro Oropeza Castillo: Una Experiencia Sentipensante De Trabajo Comunitario.

Autor: Iris Aideé Torres Gómez 

Universidad Nacional Experimental "Simón Rodríguez" (UNESR),
Distrito Capital, Venezuela

Resumen

En estas páginas comparto la vivencia que he tenido como jefa de Comunidad y educadora popular con las niñas y los niños de la comunidad Laramer, bloques 11 y 12 de la Urbanización Alejandro Oropeza Castillo, en Guarenas, estado Miranda. Al observar de cerca el alto grado de agresividad presente en el compartir cotidiano de la plazoleta, sentí el llamado de detenerme a investigar las causas y de tejer, junto con vecinas, vecinos y familias, una respuesta que naciera del cariño y no del castigo. A través de dinámicas educativas y juegos infantiles, del diálogo con padres y madres, y de visitas a los hogares, fui comprendiendo que la agresividad no es un destino, sino un grito que pide escucha. Esta experiencia me confirmó que la transformación de las conductas agresivas en la infancia exige amor, comprensión, presencia comunitaria y trabajo paciente. Comparto aquí mis motivaciones, las teorías que han orientado mi camino, los aportes que han brotado de la práctica y las reflexiones que me siguen movilizando. No es una receta, es una invitación a sumarnos a la construcción colectiva de comunidades donde la niñez crezca arropada por vínculos de cuidado. **Palabras clave:** agresividad infantil, trabajo comunitario, educación popular, sentipensar, transformación social.

Recibido: 23-10-2024 Aceptado: 14-11-2024 Publicado: 20-12-2024



Aggressive Behaviors in School-Age Children of the Laramer Community, Blocks 11 and 12, Alejandro Oropeza Castillo Urbanization: A Sentipensante Experience of Community Work.

Autor: Iris Aideé Torres Gómez 

Universidad Nacional Experimental "Simón Rodríguez" (UNESR),
Distrito Capital, Venezuela

Summary

These pages share my lived experience as Community Leader and popular educator with the girls and boys of the Laramer community, blocks 11 and 12 of the Alejandro Oropeza Castillo Urbanization, in Guarenas, Miranda state. While observing the high degree of aggression in their daily play at the local square, I felt called to investigate its causes and to weave, together with neighbors and families, a response born of care rather than punishment. Through educational dynamics and children's games, dialogue with parents, and home visits, I came to understand that aggression is not a destiny but a cry for listening. This experience confirmed that transforming aggressive behaviors in childhood requires love, understanding, community presence, and patient work. I share here my motivations, the theories that have guided my path, the contributions born from practice, and the reflections that continue to mobilize me. This is not a recipe, but an invitation to join the collective construction of communities where childhood grows wrapped in bonds of care. **Keywords:** childhood aggression, community work, popular education, sentipensar, social transformation.

Received: 23-10-2024 Accepted: 14-11-2024 Published 20-12-2024



Introducción

Quien escribe estas líneas es una mujer que ha hecho de su barrio una escuela. Llevo años caminando la comunidad Laramer y conozco, paso a paso, sus pasillos, sus plazoletas, sus historias y sus heridas. Desde mi rol como jefa de Comunidad y desde mi compromiso con la Comuna Revolucionando Raíces, he visto crecer a muchas niñas y niños y he acompañado a sus familias en los momentos más difíciles. Lo que voy a contar nació de esa cercanía. No es un trabajo escrito desde una oficina, es una reflexión hecha desde la calle, desde la plaza y desde las salas de las casas vecinas.

La agresividad infantil es uno de los desafíos que más preocupan a madres, padres, maestras y maestros en la actualidad. Con frecuencia nos encontramos con niñas y niños que responden con golpes, con palabras hirientes, con gestos rebeldes. Frente a esa realidad, las personas adultas muchas veces no sabemos cómo actuar. Algunas respondemos con más violencia, otras con indiferencia, y unas pocas intentamos comprender. Mi experiencia me ha enseñado que la comprensión es el primer paso de toda transformación verdadera.

En este artículo intento ordenar lo aprendido. Lo hago en primera persona, porque la voz que mejor conozco es la mía, y porque sigo el espíritu de la revista Transformar, que valora las experiencias sentipensantes e insurgentes como fuentes legítimas de conocimiento. Estructuré el texto siguiendo, con libertad, las orientaciones que la revista propone. Comparto primero las motivaciones que me impulsaron a este camino. Luego presento las teorías que me han ayudado a comprender la agresividad infantil. A continuación, los aportes que han ido emergiendo de la práctica



comunitaria. Finalmente, ofrezco reflexiones concluyentes que son, más bien, puertas abiertas a seguir caminando.

Quiero que estas páginas honren a mi comunidad. A las vecinas y vecinos que me abrieron sus puertas. A las niñas y niños que me enseñaron, sin saberlo, lo que ningún libro me habría enseñado. A las compañeras y compañeros del Consejo Comunal y del CLAP que sostienen, todos los días, la posibilidad de que la vida en común tenga sentido. Sin ellas y ellos, esta experiencia no existiría.

Motivaciones

La primera motivación nació de la observación cotidiana. Compartiendo con las niñas y los niños en la plazoleta de los bloques 11 y 12, comencé a notar que muchas de sus interacciones estaban atravesadas por la agresividad. Empujones, palabras feas, peleas que escalaban con rapidez. Aquello me dolió. No podía dejar pasar ese dolor sin preguntarme qué había detrás. Las niñas y los niños no llegan al mundo siendo agresivos. Algo, en su entorno, en su historia, en sus vínculos, los está llevando hacia esa forma de relacionarse. Esa pregunta fue mi punto de partida.

La segunda motivación tiene que ver con mi historia personal. Soy mujer trabajadora, he ejercido en la educación, he sostenido familia, he participado en organizaciones comunitarias. Esa trayectoria me hizo entender, desde la propia carne, que ningún ser humano se forma en aislamiento. Crecemos enredadas en relaciones, en gestos, en palabras. Si las palabras que escuchan las niñas y los niños son palabras que hieren, sus respuestas serán hirientes. Si los gestos que reciben son gestos de rechazo,



devolverán rechazo. Y si, en cambio, encuentran cariño, comprensión y reconocimiento, florecerán.

La tercera motivación nació de mi compromiso comunitario. Como jefa de Comunidad, no puedo mirar hacia otro lado cuando las niñas y los niños del territorio sufren. Mi rol no se limita a tareas administrativas; es, sobre todo, un rol ético. Por eso decidí actuar. Empecé conversando con vecinas y vecinos, con padres, madres y representantes. Visité hogares, escuché historias, anoté en cuadernos. Aprendí que la agresividad infantil no se entiende sin entender las condiciones de vida en las que se produce. Y que las soluciones tampoco se construyen sin participación de quienes habitan el problema.

La cuarta motivación, quizás la más profunda, es política. Creo que las comunidades son territorios donde se juega el destino del país. Si nuestras niñas y nuestros niños crecen en ambientes violentos, mañana tendremos adolescentes y adultos atravesados por esa violencia. Pero si crecen en ambientes de cuidado, mañana tendremos sujetos capaces de construir paz. La transformación de la agresividad infantil no es solo una tarea pedagógica, es una apuesta por el tipo de país que queremos.

La quinta y última motivación tiene un nombre y un rostro: cada niña y cada niño con quien he trabajado. He visto cómo, con paciencia y con ternura, niñas y niños que parecían inalcanzables se han ido abriendo. He visto cómo el grado de agresividad ha disminuido en la medida en que han sentido que su comunidad los acoge. Esos pequeños grandes cambios son los que me sostienen y los que me hacen escribir.



Hay una motivación adicional, que no es menor. Soy una mujer del barrio. He vivido en Guarenas desde hace muchos años y conozco el dolor de ver crecer a generaciones enteras atravesadas por la desesperanza. Pero también he visto cómo, cuando una vecina se organiza, cuando una madre alza la voz, cuando una comunidad se acompaña, se abren caminos donde parecía que no había salida. Mi compromiso con las niñas y los niños de Laramer es, también, mi compromiso con la dignidad de mi gente. Porque no se trata solo de prevenir conductas; se trata de construir una vida en común donde nadie sobre y todas las personas tengan lugar.

Aportes

De este recorrido han ido emergiendo aportes que comparto, no como recetas cerradas, sino como semillas que pueden germinar en otras comunidades.

El primer aporte es la convicción de que la agresividad infantil se transforma con dinámicas y juegos. En lugar de imponer disciplinas rígidas, fui ensayando con las niñas y los niños actividades lúdicas, dinámicas educativas y sociales, juegos donde el cuerpo se expresa sin lastimar, donde la palabra se ejercita sin herir. He visto, con mis propios ojos, cómo el grado de agresividad disminuye cuando las niñas y los niños encuentran espacios donde su energía es bienvenida.

Estos juegos no son improvisados. Cada uno tiene un propósito. Algunos buscan que las niñas y los niños aprendan a turnarse, a esperar, a respetar la voz del otro. Otros trabajan la cooperación, mostrando que es posible ganar juntos en lugar de competir destructivamente. Otros más son juegos de expresión emocional, donde se aprende a nombrar lo que se siente sin



agredir a nadie. Cuando el cuerpo se ejercita en juegos así, descubre que hay otras formas de estar con las personas, formas más alegres y más sanas.

El segundo aporte es la importancia del afecto. Aprendí, de Freire y de la propia vida, que sin cariño no hay transformación posible. Cuando una niña o un niño siente que es vista, que es escuchado, que importa, su comportamiento cambia. El amor no es un sentimiento blando, es una fuerza pedagógica concreta. En cada encuentro intento que las niñas y los niños sepan que estamos ahí, que pueden contar con la comunidad, que su existencia tiene valor.

El tercer aporte es el trabajo con las familias. La agresividad infantil no se entiende ni se transforma sin abordar el contexto familiar. Por eso visité hogares, conversé con madres y padres, escuché historias muchas veces dolorosas. Descubrí, conversando con vecinas y vecinos, que muchas conductas agresivas tienen raíz en hogares donde se siente la falta de amor, de tolerancia y de respeto. Trabajar con la niñez sin trabajar con sus familias es trabajar a medias.

Visitar los hogares no es algo sencillo. Implica entrar con respeto, sin juzgar, sin pretender saber más que las personas que viven allí. Implica reconocer que cada familia carga sus propias luchas y que muchas veces los comportamientos que parecen agresivos son, en el fondo, expresiones de un cansancio acumulado. He aprendido a entrar a las casas con humildad, ofreciendo escucha antes que consejo. Y he comprobado que cuando una madre o un padre se sienten acompañados sin ser juzgados, comienzan a mirar a sus hijas e hijos de otra manera. Ese es el inicio del cambio.



El cuarto aporte es la articulación comunitaria. Como jefa de Comunidad y miembro del Consejo Comunal, he podido movilizar redes de apoyo. La Comuna Revolucionando Raíces, el CLAP y otros espacios organizativos del territorio se han convertido en aliados de este trabajo. Sola no habría podido hacer nada. Es la comunidad, con su saber acumulado y su disposición solidaria, la que sostiene la transformación.

La articulación comunitaria también significa reconocer que cada vecina y cada vecino aporta algo distinto. Hay quien tiene tiempo para acompañar a las niñas y los niños en la plaza. Hay quien sabe de música y enseña canciones. Hay quien tiene mano para los oficios y comparte sus conocimientos en talleres. Hay quien cocina con cariño y prepara meriendas para los encuentros. Cuando esas capacidades se ponen al servicio de la niñez, la comunidad entera se reconoce como educadora. Y las niñas y los niños sienten que están rodeados de adultas y adultos que los cuidan.

El quinto aporte es el reconocimiento de la dimensión preventiva. Más vale acompañar a una niña o niño cuando empieza a mostrar signos de agresividad que esperar a que esos signos se conviertan en patrones difíciles de modificar. La prevención exige paciencia y constancia, pero es mucho más humana y mucho más efectiva que la corrección tardía.

El sexto aporte tiene que ver con la sistematización. He aprendido a anotar lo que veo, a registrar lo que las niñas y los niños me cuentan, a guardar memoria de los encuentros con vecinas y vecinos. Esa práctica de escribir lo vivido me ha permitido comprender mejor mi propio camino y compartirlo, como hago ahora, con quienes pueden leerlo. Sistematizar es,



también, un acto político: es producir conocimiento desde abajo, desde las comunidades, sin esperar que otros vengan a hablar por nosotras.

El séptimo aporte, y tal vez el más íntimo, es la transformación de quien acompaña. Yo no soy la misma persona que era antes de empezar este trabajo. Las niñas y los niños de Laramer me han enseñado paciencia, escucha, ternura. Me han recordado que el liderazgo comunitario no es mandar, sino servir. Y que servir, hecho con amor, transforma tanto a quien recibe como a quien acompaña.

Teorías de apoyo

Esta experiencia se apoya en autoras y autores que me han ayudado a comprender la agresividad humana y, especialmente, la agresividad infantil. No los cito como autoridades distantes, sino como compañeros de camino que han iluminado mi reflexión.

Sigmund Freud, en *El malestar en la cultura* (1930/1992), planteó que la cultura nace de la tensión entre los impulsos de vida y los impulsos de destrucción. Esta lectura me ayudó a comprender que la agresividad no es un accidente, sino una dimensión presente en la condición humana, que se expresa de múltiples maneras según las condiciones culturales y vinculares que la moldean. Lo decisivo, para Freud, no es eliminar la agresividad, sino canalizarla de forma que no destruya el lazo social.

Konrad Lorenz, en su obra *On aggression* (1966), abordó la agresividad desde la mirada etológica, considerándola un instinto compartido con otras especies. Aunque su lectura es discutida, abrió la puerta para pensar la agresividad como una energía que necesita cauces. Esta idea, leída con cuidado, me sirve para comprender que cuando una niña o un niño no



encuentran espacios sanos para descargar sus tensiones, esas tensiones encuentran cauces destructivos.

John Dollard y sus colegas (1939), en Frustración y agresión, formularon la hipótesis de que la agresión es, con frecuencia, una respuesta a la frustración. He visto, en la comunidad Laramer, cómo niñas y niños que viven en condiciones de frustración constante (necesidades no cubiertas, falta de atención, ausencias prolongadas en el hogar) tienden a expresar más agresividad. La frustración no es la única causa, pero es una causa real que merece nombrarse.

Leonard Berkowitz (1962) profundizó esta hipótesis señalando que la frustración produce, en realidad, una disposición a la agresión, y que esta se expresa cuando hay claves o señales en el entorno que la activan. Esta lectura me ayudó a comprender que las imágenes, los gestos, los gritos y las violencias que rodean a las niñas y los niños actúan como activadores de su propia agresividad.

Albert Bandura, en *Aggression: A social learning analysis* (1973), aportó una clave decisiva. La agresividad no solo se gatilla por frustración, sino que se aprende. Las niñas y los niños observan a las personas adultas y modelan su conducta. Si en sus hogares ven gritos, golpes y desprecios, aprenden que así se resuelven los conflictos. Esta enseñanza de Bandura es fundamental para mi trabajo: si la agresividad se aprende por imitación, también se puede desaprender. Y se puede aprender, en su lugar, otra forma de estar con las personas.

Bandura señaló también el papel del refuerzo. Una niña o un niño que descubre que con un grito o un golpe consigue lo que quiere, aprende que



esa estrategia funciona. Si nadie le ofrece otras formas de pedir, otras formas de relacionarse, repetirá la conducta agresiva porque le resulta efectiva. Comprender esto me llevó a una conclusión sencilla y poderosa. No basta con prohibir; hay que ofrecer alternativas. Cada vez que una niña o un niño aprende a expresar rabia con palabras, a pedir con respeto, a esperar su turno, está construyendo nuevas rutas neurales y nuevas posibilidades de vincularse.

Junto a estos autores clásicos de la psicología, han caminado conmigo dos pensadores latinoamericanos cuya obra me orienta éticamente. Paulo Freire, en *Pedagogía del oprimido* (1970), me enseñó que toda práctica educativa es política, que la palabra es un acto de transformación y que las y los oprimidos no son objetos de salvación, sino sujetos de su propia liberación. Cuando trabajo con niñas y niños de la comunidad Laramer, intento no instalarme en una posición de superioridad. Aprendo de ellos tanto como ellos pueden aprender de mí. La pedagogía liberadora me recuerda que el conocimiento se construye en diálogo, no se transmite en una sola dirección.

Orlando Fals Borda, en su obra recogida bajo el título *Una sociología sentipensante para América Latina* (2009), nos legó una categoría que se ha vuelto brújula de mi caminar: el sentipensar. Pensar con el corazón y sentir con la razón. Las pescadoras y los pescadores del Caribe colombiano nombraron así una forma de conocer el mundo que no separa lo afectivo de lo racional. En el trabajo con niñas y niños esta categoría es esencial. No basta con razonar sus comportamientos; hay que sentirlos, hay que sostenerlos con afecto. La inteligencia y el cariño son, en mi experiencia, dos alas del mismo vuelo.



También me sostienen los marcos legales que protegen a la niñez venezolana. La Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (1999) reconoce a niñas, niños y adolescentes como sujetos plenos de derechos. La Ley Orgánica para la Protección de Niños, Niñas y Adolescentes (LOPNNA, 2007) consagra, entre otros, el derecho al libre desarrollo de la personalidad y el derecho a la integridad personal en sus dimensiones física, psíquica y moral. Ningún niño o niña debe ser sometido a torturas, tratos crueles, inhumanos o degradantes, y es deber del Estado, la familia y la sociedad protegerles frente a toda forma de explotación, maltrato o negligencia. Estos marcos legales no son letra muerta, son herramientas que las comunidades organizadas podemos usar para defender a nuestra niñez.

Articular estas voces (Freud, Lorenz, Dollard, Berkowitz, Bandura, Freire, Fals Borda y los marcos legales venezolanos) no es un capricho académico. Es el reconocimiento de que la agresividad infantil es un fenómeno complejo, que necesita lentes diversas para ser comprendido. Y que cada lente, leída con sentido crítico y desde la realidad concreta de mi comunidad, aporta algo a la respuesta colectiva que estamos construyendo.

Reflexión

Al cerrar estas páginas, no siento que cierre nada. Más bien siento que abro una puerta para que otras compañeras y otros compañeros se sumen a esta conversación. La agresividad infantil es una realidad compleja, atravesada por condiciones materiales, vinculares, culturales e históricas. No hay solución única ni rápida. Hay, sí, un camino largo y hermoso que se llama acompañamiento.



La primera lección que me llevo es que la transformación de la agresividad infantil requiere mirar el conjunto. No basta con corregir a la niña o al niño; hay que trabajar con su familia, con su comunidad, con las instituciones que la rodean. La agresividad es una respuesta del sistema entero, no solo del individuo.

La segunda lección es que el afecto es pedagógico. Me lo enseñó Freire con sus palabras y me lo enseñaron las niñas y los niños con su sonrisa. Cuando una niña que solía golpear se acerca a abrazarme, sé que algo profundo ha ocurrido. Ese cambio no se mide con planillas, pero sostiene el mundo.

La tercera lección es que la organización comunitaria es la herramienta más poderosa que tenemos. Sin Consejo Comunal, sin Comuna, sin redes de vecinas y vecinos, este trabajo no habría sido posible. Las comunidades organizadas no solo demandan derechos: producen soluciones.

La cuarta lección es que la teoría sirve cuando se pone al servicio de la práctica. Freud, Lorenz, Dollard, Berkowitz y Bandura me ayudaron a comprender mejor lo que veía en la plazoleta. Freire y Fals Borda me ayudaron a comprender mi propio rol como acompañante. Pero ninguna teoría reemplaza la conversación con una madre que llora, ni el abrazo de una niña que aprende a confiar.

La quinta lección es que la esperanza no es ingenuidad. He visto a niñas y niños cambiar. He visto a familias reorganizarse. He visto a la comunidad fortalecer sus vínculos. Esos cambios son reales y son posibles. A quienes lean estas líneas y trabajen con niñez en territorios populares, les digo: el camino es largo, pero vale la pena. Cada niña, cada niño que aprende a relacionarse desde el respeto, es una victoria de toda la comunidad.



Quiero también dejar constancia de lo que aún nos falta. Nos falta tiempo, porque las jornadas comunitarias se cruzan con las jornadas laborales y familiares de quienes sostenemos este trabajo. Nos faltan recursos, porque los materiales lúdicos, los espacios formativos y los apoyos profesionales requieren un acompañamiento institucional que no siempre llega. Nos falta articulación con las escuelas, los centros de salud y otras instituciones que también atienden a la niñez. Nombrar lo que falta no es desalentarse, es asumir con honestidad que la transformación es un horizonte que se camina con paciencia y con organización.

Sueño con que la comunidad Laramer y todas las comunidades de nuestra Patria sean territorios donde la niñez crezca arropada por vínculos de cuidado, donde los conflictos se resuelvan con palabra y no con golpe, donde la organización popular sea el suelo fértil de la transformación. Sé que ese sueño es compartido por muchas y muchos. Que estas palabras sean, como nos invita la revista Transformar, semillas de cambio y esperanza.

Referencias

- Bandura, A. (1973). *Aggression: A social learning analysis*. Prentice-Hall.
- Berkowitz, L. (1962). *Aggression: A social psychological analysis*. McGraw-Hill.
- Constitución de la República Bolivariana de Venezuela. (1999). *Gaceta Oficial de la República Bolivariana de Venezuela*, 36.860, diciembre 30 de 1999.
- Dollard, J., Doob, L. W., Miller, N. E., Mowrer, O. H. y Sears, R. R. (1939). *Frustration and aggression*. Yale University Press.
- Fals Borda, O. (2009). *Una sociología sentipensante para América Latina* (V. M. Moncayo, comp.). Siglo del Hombre Editores; CLACSO.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.



Freud, S. (1992). El malestar en la cultura. En Obras completas, Vol. XXI (pp. 57-140). Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1930).

Ley Orgánica para la Protección de Niños, Niñas y Adolescentes. (2007). Gaceta Oficial de la República Bolivariana de Venezuela, 5.859 Extraordinario, diciembre 10 de 2007.

Lorenz, K. (1966). On aggression. Methuen.

